

LOS ORÍGENES DE LA ALEMANIA NAZI

Cecilia Soubelet
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
ceciliasoubelet@hotmail.com

Para comprender los orígenes de la Alemania nazi es necesario forjar un análisis de la ideología en su naturaleza primaria, además de estudiar la situación estructural y superestructural de un pueblo inmerso en la pobreza, el hambre, la desocupación y los anhelos por volver a los mejores tiempos. No es lícito atribuir los sucesos de doce años de historia sólo a la naturaleza de un personaje categorizado como “un demonio, un amo todo poderoso”, que presentaba patologías dignas de psicoanálisis. Si bien es cierto que el nazismo no puede estudiarse sin tomar en cuenta a su líder Adolf Hitler, también es verdad que la ideología fascista no ha nacido en el siglo pasado, durante el período de entreguerras. Este trabajo intentará esclarecer las causas del apoyo popular a un gobierno que propiciaba políticas de terror y de deber por sobre las libertades individuales, siempre tomando en cuenta la realidad social, política y económica que pudo hacer posible el advenimiento del Tercer Reich.

I. La Naturaleza del Fascismo

Ya en los años veinte, teóricos de la Comintern rotulaban al nazismo como una forma de fascismo engendrada por el capitalismo en crisis. Si bien es cierto que el nazismo nace como respuesta a una situación social que se estaba viviendo a nivel mundial, la ideología fascista debe remontarse a una realidad preliminar.

El fascismo es básicamente una doctrina distintiva del siglo XX, que mostró su lado más notorio en la década del treinta, con los gobiernos de Mussolini en Italia y de Hitler en Alemania. Pero esta filosofía no se gestó en el siglo pasado.

Esta ideología fue resultado de una de las conmociones intelectuales del siglo XIX. Con la Ilustración, florece la corriente liberal, que acentuaba la importancia de la razón individual, velando principalmente por la conformación de un nuevo sistema político que liberara a las personas de las cadenas del feudalismo. Esta creencia liberal se oponía terminantemente a la opinión conservadora que afirmaba la existencia de una jerarquía natural entre los hombres. “Mientras que los conservadores apoyaban el concepto paternalista de la sociedad y subrayaban la idea de deber y el acatamiento, los liberales hacían hincapié en los derechos individuales y en el autogobierno” (1).

El antisemitismo obsesivo de Hitler hace referencia al hecho de que los judíos eran los verdaderos inventores de la democracia y el liberalismo. Según Hitler se ponían “a la cabeza de las masas, de las clases inferiores, de todos los oprimidos. Dirigían la lucha contra las autoridades y contra la Iglesia” (2). El ejemplo más patente es la lucha bolchevique. Estas invenciones no carecen de lógica si se considera a la revolución francesa como la fuente del liberalismo, preludio del socialismo marxista.

Es en este clima de confrontación intelectual donde cabe situar a los precursores del fascismo. Esta ideología iba contra las ideas individualistas y velaba por la totalidad, con una preferencia particular por el instinto, la herencia y la raza. Esta idea de total irracionalidad comenzó a ganar adeptos entre los intelectuales de la época.

También es necesario remitirnos a un término por demás importante en la ideología nazi: el concepto de *Völk*, o pueblo. Esta expresión afloró en Alemania entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. No remite simplemente a una mera significación superficial, sino que en su plano más abstracto connota un sistema de valores y un ideal inmutable de lo que significa ser pueblo. El término *Völk* remitía a la existencia de “un alma” del pueblo. Los alemanes estaban unidos por su ascendencia, su cultura y su lengua. La tarea era recobrar y liberar esa alma del *Völk*, perdido con los valores antiguos. Según muchos intelectuales alemanes de la época, como J. Fichte (1762- 1814) y J. Herder (1744- 1803), la nación alemana tenía una misión a beneficio de la humanidad: una lucha cultural contra la influencia occidental. La esencia de la nación estaba por sobre la individualidad y el raciocinio, y al individuo se lo presentaba subordinado a la Nación.

El concepto de *Völk* tiene una íntima relación con la ideología de supremacía racial del pueblo alemán. Intelectuales definían a la pureza racial como base de la nacionalidad. F. L. Jahn (1778-1852) convalidó el carácter único y superior de los pueblos germánicos. A mediados del siglo XIX, la idea de superioridad racial se había instalado en el pensamiento europeo. Los intelectuales proclamaban la superioridad de las razas blancas sobre las negras y semitas, y la prioridad de la raza sobre el individuo y la nación. Estas ideas pueden ubicarse dentro de la tradición antisemita que precedió a la elaboración de teorías científicas a favor de las preconcepciones raciales. “Los prejuicios contra los judíos constituyeron un lugar común a lo largo de la historia de Europa y, desde finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, tomaron la forma de antagonismo religioso frente al judaísmo” (3).

Muchos intelectuales renombrados, fueron tomados por los representantes del fascismo, desvirtuándose su teoría para lograr una base sólida en sus decisiones. Este es el caso del darwinismo social. El hecho de retratar a las personas como criaturas irracionales y amorales, que luchaban instintivamente por su supervivencia, significaba al mismo tiempo equiparar al hombre con la bestia, lo que representaba una antítesis esencial a la elección racional y deliberada del liberalismo. En lugar del individualismo racional, la irracionalidad total empezó a ganar terreno atrayendo el apoyo de los intelectuales. En esta atmósfera empezó a florecer el mito de la raza.

G. W. F. Hegel (1770- 1831) es otro de los autores tomados por el pensamiento nazi, y muchas veces se ha afirmado que fue el padre intelectual del Estado fascista. Hegel en su teoría percibe la historia como un proceso, cuya dinámica es el conflicto de las ideas. Definió al Estado como la idea última, la realización del “espíritu”. En este Estado “ideal” el poder de la razón se hace realidad en la voluntad y su base la constituye la libertad de la razón. El Estado se presentaba como un organismo integrado, como una totalidad mayor que la suma de sus partes.

Hitler contemplaba al Estado como un medio para garantizar los intereses del *Völk*. Las bases de la ideología *völkisch* (un pueblo sobreviviría si todas sus partes estaban sanas), organizarían el nazismo.

II. El Nazismo y la Sociedad

Al nazismo hay que estudiarlo principalmente en su contexto sociocultural particular, como a cualquier ideología política, social o económica. No tiene ningún valor comprender una definición sin imbuirla en su verdadero ámbito de desarrollo y difusión.

Es simplista considerar que el movimiento nazi fue un producto directo y un instrumento de las fuerzas capitalistas reaccionarias. Fue más bien la “consecuencia de una intranquilidad e insatisfacción sociopolítica, con una muy heterogénea masa de seguidores, ideológicamente integrados sólo por medio de la protesta radical negativa (antimarxismo, antiWeimar, antisemitismo), a lo que se suma una visión milenarista, seudorreligiosa, de un “despertar nacional”, socialmente expresado en la idea difusa (y en última instancia también negativa) de la comunidad nacional (*Völksgemeinschaft*)” (4).

El nazismo anidó en Alemania con tal ímpetu gracias a la situación social, política y económica que tuvo que atravesar el pueblo en el período de entreguerras. Pero para comprender mejor los acontecimientos, debemos revisar un pasado remoto, donde ser alemán era un privilegio y constituir parte de la tradición germánica significaba un honor.

Durante la época de Guillermo II, los alemanes eran una potencia imperialista, un pueblo de “junkers”, que poseía las mayores virtudes militares. Esta etapa era considerada como un paraíso terrenal, bajo el signo de la gloria militar.

Alemania se constituye como Estado-nación en 1870, varias décadas más tarde que los Imperios vecinos. Ya la repartición colonial había concluido y fue por eso que Alemania no se constituye como un imperio expansionista, sino que logra posicionarse como potencia a partir de los recursos naturales de su territorio y de la importante industria química y electrónica. Alemania lograba unificar el desarrollo científico y tecnológico en sus universidades a partir de una decisión política de progreso. Este Imperio poseía también una importante flota que podía llegar a competir con la inglesa, aunque no superarla. Una de las causas de la Primera Guerra Mundial es esa apetencia de territorios que no fue satisfecha.

En este contexto socioeconómico, es importante remarcar el rol ejercido por el marco, papel moneda alemán que era valuado como piedra preciosa. “Todo el mundo estaba contaminado por la locura de comprar marcos alemanes. (...) Cada cual soñaba en su rincón, imaginándose su pequeña dosis de dicha humana, y creyendo en el mísero trozo de papel que podría trocar en realidad su sueño favorito” (5).

Luego de la Primera Guerra Mundial, la República de Weimar se divide en tres períodos: uno de trastornos económicos, financieros y políticos que abarca los años 1918-1924; un segundo período de calma y prosperidad, entre los años 1925 y 1929; y una última etapa de decadencia, que se sucede entre 1930 y 1932.

La primera fase es el período subsiguiente al fin de las hostilidades, que desembocaron en el terrible Tratado firmado en Versalles, que condenó como único responsable de los males de la guerra a la República de Weimar. Para Alemania significó una paz impuesta, un *dictat*, que lo obligaba a cumplir ciertas cláusulas que hicieron florecer el rencor de la población. Deberían reducir su ejército a un total de cien mil hombres, además de entregar su flota militar, la cual fue finalmente hundida por los propios alemanes. También, más del 10 por ciento de su territorio tuvo que ser resignado a Polonia y a Alsacia y Lorena. Por otra parte, tuvieron que pagar una considerable deuda externa en carácter de reparaciones de guerra.

Se obligó a los alemanes a firmar unas condiciones que no estaban dispuestos a cumplir. Asumieron la culpa de la guerra, y con ello se reconocieron criminales dignos de castigo. De esta forma, los aliados estaban edificando la paz, no sobre la verdad y la justicia, sino sobre unas bases peligrosas que engendrarían importantes hostilidades.

El tratado de Versalles procedió a ocuparse de todo; dio garantías contra la posibilidad del surgimiento de una nueva potencia militar alemana y contra cualquier guerra de revancha. Pero olvidó preocuparse por la gestación de una paz futura.

Este castigo originó una naciente desocupación que crecía día a día, junto con la pobreza y la hiperinflación galopante. “En ningún país la comida había asumido tanta importancia como en la Alemania de posguerra. La gente, que durante largos años estuviera privada de sustancias grasas y se contentara con sustitutos, se arrojaba con avidez sobre las comidas (...). Cada merienda, cada comida, cada cena, se celebraba como una fiesta...” (6).

Durante estos años se produce un cambio acelerado del sistema económico, social y político, agudizado por la crisis desatada por la guerra, la derrota, la inflación, la depresión y el peligro de un sistema alternativo, todas estas cosas se manifestaban en las actitudes y los resentimientos de la ideología nazi. De esta forma, las ideas nazis funcionaban como un “instrumento adecuado para la movilización de estratos de la población afectados por problemas de la modernización”.

En este contexto social, las ideas nazis comienzan a surtir efectos en la intelectualidad, por esa promesa de “volver al pasado”. El nazismo velaba por una “sociedad unida como ninguna otra en la historia alemana reciente, una sociedad de oportunidades para jóvenes y ancianos, para las clases y para la masa, (...) una sociedad de buenos viejos tiempos” (7).

Es en estos años cuando cae drásticamente el valor del marco. Es 1923 el año más dramático para la economía alemana. El 17 de abril el valor del marco -que hasta el día anterior se mantenía con firmeza férrea, desde hacía dos meses, en la cotización que giraba alrededor de los 20 mil marcos por dólar- comenzó a vacilar. En julio el precio era de 750 mil marcos por dólar y a fines de agosto se cotizaba a razón de 10 millones por dólar. En septiembre la devaluación fue de unos 160 millones, en octubre de 78 mil millones y en noviembre ya en billones de marcos por dólar. Con esta fluctuante economía comienza una época de importantes especulaciones extranjeras de las propiedades alemanas.

La finalidad del nazismo, por estos años, era ganar el apoyo de los trabajadores. El régimen hizo mucho por revalorizar psicológicamente el lugar de los obreros en la sociedad, pero también existían razones doctrinarias: los obreros representaban la “parte sana del pueblo” y no habían sido tocados por la degeneración y la depravación. Es aquí donde se hace visible el desprecio por los intelectuales. “Los elementos intelectuales del país eran propensos al comunismo y esto se notaba hasta en los periódicos burgueses de tendencias liberales” (8).

Las clases medias constituían para Hitler la base electoral del partido. Sólo se interesaba en ellas por necesidad. Los consideraba meros instrumentos para facilitar el ascenso social de los obreros.

Los nazis produjeron un fuerte impacto sobre la juventud. De esta forma se constituyó una pronunciada brecha generacional entre aquellos que habían llegado a la adultez durante el Imperio o en la República de Weimar, y aquellos que formaron su personalidad bajo el mandato del nazismo. Estos jóvenes rechazaban de forma terminante el viejo mundo burgués y reproducían las nociones idealistas de una nueva sociedad con mayor movilidad y más igualdad. Los jóvenes se sintieron atraídos por la idea del gran poderío, por el deseo de conquistar países nuevos y de someter a otros pueblos.

En cuanto a su relación con las clases altas, el Führer afirmaba que cuando la burguesía hablaba de nacionalismo, sólo pensaba en sus propios intereses y esa era una de las principales razones por las que quince o dieciséis millones de alemanes se habían apartado del nacionalismo. Veía que la aristocracia y la burguesía representaban medios caducos y les reprochaba haber empujado a los obreros hacia las ideas marxistas. Igualmente, por su necesidad de los militares y de los medios comerciales para instalar sus planes expansionistas, Hitler debió aliarse a esta clase social. Los autores marxistas afirman que el régimen traicionó a la masa a favor de los intereses de los grandes capitales.

El régimen nazi, indiscutiblemente, logró un alto grado de popularidad y un apoyo activo que no puede explicarse solamente a partir del poder de la propaganda o la represión policial. Hay que aceptar que el nazismo penetró en amplios sectores de la sociedad alemana, incluyendo a la clase obrera, y que se logró un considerable grado de integración, tanto material como afectiva, “aun cuando las subculturas católica, comunista y socialista resultaron ser barreras relativamente resistentes e impenetrables” (9).

El apoyo al nazismo no fue simplemente una búsqueda del regreso al pasado. Las presiones por el cambio social no podían ser totalmente ignoradas ni reprimidas. Pero la solución nazi de escape del mundo moderno con un regreso al pasado podría caracterizarse como una “forma utópica de antimodernismo”, que conllevaba la realidad de ser totalmente irrealizable. Esto se ve en el desarrollo de la tecnología y la industria de Alemania durante la guerra, necesidades absolutas para la defensa del territorio conquistado. El nazismo, de esta forma, hizo estallar los lazos de la tradición, región, religión y corporación que eran tan estrechos en Alemania.

Aquella promesa del regreso al pasado, no pudo ser cumplida en la realidad. El totalitarismo nazi se vio forzado a volverse contra el resto del orden social. Con la destrucción de las lealtades, las normas y los valores tradicionales, el nazismo finalmente abolió el pasado alemán y sin quererlo, abrió el camino para una sociedad liberal democrática en la Alemania occidental de posguerra.

III. Adolf Hitler y su plan de acción

En 1925 Hitler desde la cárcel redacta “*Mi Lucha*”, escrito donde formuló expresamente todo su programa de acción. Él planificó

primeramente políticas destinadas al interior de la Nación, para luego expandirlas por el mundo: atraer a las masas; incorporarlas a un partido convertido en una fuerza ineludible; conquistar el poder por las vías legales; poner en marcha la “Revolución Nacional” y consolidar el régimen; construir la “Gran Alemania”; establecer la hegemonía en el continente para procurar a Alemania el “espacio vital” que necesitaba; hacer de ella una potencia mundial y, finalmente, dominar el mundo.

En *Mi Lucha*, Hitler describía los aspectos socialistas del nazismo como “la nacionalización de las masas” o el hecho de “restituir a las masas a su nación” y “arrancar a los obreros alemanes del engaño internacional”. Ser “social” era gozar de una conciencia de “sentimiento” y “destino” en la comunidad nacional. El lema “comunidad nacional” simbolizaba el hecho de ir más allá de las clases y de las divisiones políticas, por medio de una unidad étnica basada en los “verdaderos” valores alemanes.

A entender de los nazis, donde existía una mayor necesidad de formular un nuevo significado a la conciencia de estatus y reemplazar la conciencia de clase por la conciencia nacional, era en la clase obrera industrial. Esto tenía una íntima relación con el deseo de eliminar el cáncer del marxismo y de superar la inmovilidad del viejo orden social, al ofrecer avances por medio de los méritos y los logros, y no a partir del rango social heredado.

Hitler apoyaba la concepción orgánica de la sociedad. Se valoraría a las personas a partir de que las mismas actúen a favor de la Nación: “Si consideramos la pregunta de cuáles son las fuerzas que en realidad forman el Estado podemos reunir las bajo un solo título: la capacidad y la voluntad del individuo para sacrificarse en pro de la totalidad” (10).

El nazismo tenía como meta la supremacía racial. Hitler era un nacionalista racial obsesionado por la creencia insistente en la fuerza de la sangre. Para él, la historia no era el registro del conflicto de clases ni la competencia entre pluralidades rivales, sino la caída de grupos raciales determinados biológicamente. La humanidad comprendía para él tres grandes razas: los que crean la cultura, los que la transmiten y los que la destruyen. La casta aria del *Volk* representaba al primer grupo; los judíos, al último. El Führer buscaba establecer la supremacía de los arios mediante la purificación de la sangre, lo cual exigía la eliminación de “la amenaza judaica”.

Hitler explicaba el colapso alemán a fines de la Primera Guerra Mundial como resultado de la progresiva degeneración de la sangre alemana. Los judíos, mediante la continua difusión de doctrinas que deterioraban el nacionalismo y proclamaban el individualismo, el igualitarismo y el internacionalismo, habían fomentado la extendida aceptación del mestizaje. Mientras se diluía la pureza racial de los grupos nacionales, “la raza judía (...), al conservar la raza de Judea”, se estaba preparando para conseguir el dominio del mundo. La renovación de la sangre aria significaba “cuidar que la sangre se preserve pura y, protegiendo a lo mejor de la humanidad (los arios), crear posibilidad del desarrollo más noble de los seres humanos”. Significaba la supresión total de los que amenazaban con su “impureza”: “con los judíos no se pueden hacer pactos; solo cabe el rigor: o, si no, nada”.

Hitler en sus discursos de la posguerra abordó varias veces el tema de la justicia social y de las reformas por realizar. Hablaba, por ejemplo, de la reforma agraria o del seguro de vejez. Su interés por la clase más numerosa y la más pobre derivaba principalmente de sus ideas *völkisch*: un pueblo era incapaz de sobrevivir si todas sus partes no estaban sanas. La cuestión social para Hitler se trataba, principalmente, de suprimir las clases y establecer la igualdad de posibilidades. Buscaba asegurar un nivel de vida general que garantice lo mínimo para vivir y de esta forma hacer participar a todos de los beneficios de la cultura. “Buscaba la igualdad de posibilidades, lo que no significaba la igualdad de los hombres. Ésta no existía para seres inferiores como las mujeres o los no arios” (11).

Hitler logró combinar sus ideas políticas y sociales de tal modo que construyó un conjunto coherente de ideas opuestas, lo que le permitía atraer a toda clase de adeptos. Aspiraba a abolir la dicotomía izquierda-derecha para impedir una guerra civil. La unión de las dos ideas fuertes del siglo XIX (Nacionalismo y Socialismo) constituía una buena estrategia destinada a luchar contra la fragmentación de la sociedad.

Conclusión

El fenómeno del nazismo no puede estudiarse sin atender a todos los aspectos necesarios para su entendimiento. En este corto recorrido, se han expuesto las tres variantes de análisis importantes para comprender los orígenes de la ideología nazi en la sociedad.

En primer lugar se expusieron las ideas del fascismo y su esencia, con una aproximación a las raíces Europeas que datan de finales del siglo XVIII. Los orígenes de esta corriente de pensamiento tienen una relación directa con el nacimiento del liberalismo y la respuesta del sector conservador de la sociedad.

En segundo lugar, se explicó la realidad de la sociedad alemana de posguerra, que fue la que hizo posible el advenimiento de un régimen autoritario, totalitario y terrorista que prometía un orden y un regreso a los buenos tiempos.

Por último se hizo una breve reseña de la personalidad de Adolf Hitler y de sus ideas políticas, quien fue el verdadero precursor de la realidad alemana y europea luego de 1933.

A pesar de sólo exponer los aspectos más sustanciales de la doctrina nazi fascista, en este recorrido se logró arribar a la conclusión de que toda ideología política debe ser vista en relación con su contexto histórico, político, social y económico para que pueda ser comprendida y explicada. Hay que despojarse de los prejuicios y preconceptos para poder estudiar mejor un hecho o una realidad, y lograr asimilar los aspectos importantes desde afuera, como mero espectador que observa y que luego “cuenta lo que ve”.

El nazismo debe comprenderse en ese entramado juego de relaciones con el pasado, el presente y el imaginario social de la época. Deben ligarse las ideas de la sociedad y su visión del mundo y de la realidad, y la situación estructural, en el sentido marxista del término. Este amplio análisis sirve para comprender cómo fue posible que una sociedad acatará tal cruel propuesta de Estado.

Notas

- (1) Robert Eccleshall, Vincent Geoghan, Richard Jay, Rick Wilford. “Introducción a las ideologías políticas”. Editorial Tecnos. 1993. P. 220.
- (2) Marlis Steinert. “Hitler y el universo hitleriano”. Editorial Vergara. Grupo Zeta. 2004. P. 165.
- (3) Robert Eccleshall, Vincent Geoghan, Richard Jay, Rick Wilford. “Introducción a las ideologías políticas”. Editorial Tecnos. 1993. P. 224.
- (4) Ian Kershaw. “La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación”. Siglo veintiuno editores Argentina. 2004. P. 232.
- (5) Sholem Asch. “Junto al abismo”. Compañía general fabril editora. Bs. As. 1960. P. 19.
- (6) Sholem Asch. “Junto al abismo”. Compañía general fabril editora. Bs. As. 1960. P. 71.
- (7) Ian Kershaw. “La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación”. Siglo veintiuno editores. Argentina. 2004. P. 225.
- (8) Sholem Asch. “Junto al abismo”. Compañía general fabril editora. Bs. As. 1960. P. 100.
- (9) Ian Kershaw. “La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación”. Siglo veintiuno editores. Argentina. 2004. P. 223.
- (10) Robert Eccleshall, Vincent Geoghan, Richard Jay, Rick Wilford. “Introducción a las ideologías políticas”. Editorial Tecnos. 1993. P. 233.
- (11) Marlis Steinert. “Hitler y el universo hitleriano”. Editorial Vergara. Grupo Zeta. 2004. P. 170.

Bibliografía

- Robert Eccleshall, Vincent Geoghan, Richard Jay, Rick Wilford. “Introducción a las ideologías políticas” Editorial Tecnos 1993.
- Marlis Steinert. “Hitler y el universo hitleriano”. Editorial Vergara. Grupo Zeta. 2004.
- Ian Kershaw. “La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación”. Siglo veintiuno editores Argentina. 2004.
- Sholem Asch. “Junto al abismo”. Compañía general fabril editora. Bs. As. 1960.